

Metáforas sobre el mármol: epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani, “El cementerio viejo” de Maturín

Beatriz Level

**Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Instituto Pedagógico de Maturín**

bealevel14@gmail.com

Fecha de envío: 13 de agosto de 2023

Fecha de aprobación: 13 de septiembre de 2023

Resumen

Esta investigación giró en torno a la manera cómo el ser humano atenúa por medio del lenguaje un hecho tan fatídico en nuestra cultura como lo es la muerte. Esta explicación se ofrece desde la perspectiva de la lingüística cognitiva, específicamente a través de la teoría de la metáfora conceptual, propuesta por Lakoff y Johnson (1980). En concreto se estudiaron las metáforas ligadas al tabú lingüístico, relacionadas con la mitigación y evasión a la muerte, en los epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani “el cementerio viejo de Maturín”. En primer lugar se realizó una descripción general de las inscripciones fúnebres presentes en dicho camposanto (voz del epigrama, propósitos de la inscripción y simbología que le rodea) después se pasó a realizar una categorización de las metáforas conceptuales (las de tipo estructural) inmersas en los mismos. Como resultados se obtuvo cinco estructuras metafóricas; evidenciándose que cuatro de ellas se desprenden del discurso religioso cristiano y en específico se aferran a la promesa de la resurrección. La quinta estructura conceptual encontrada, la cual es la que hoy en día prevalece, no hunde sus raíces en la religión, proviene de la nueva mentalidad sobre la muerte, tendencia que la niega, apostando por una vida en los recuerdos de los sobrevivientes. Se concluye que las metáforas epigráficas no solo se limitan a paliar el significado trágico de la muerte sino que análogamente influyen en el anhelo de inmortalidad del hombre de todos los tiempos.

Descriptorios: muerte, metáfora conceptual, tabú lingüístico, epitafios, anhelos de inmortalidad.

Metaphors on marble: epitaphs of the cemetery Pedro Juan Luciani, also known as “the Old Cemetery of Maturín” Abstract

This research was focused on the way human beings attenuate such a fateful fact as death through language. This is explained from the perspective of cognitive linguistics, specifically through the theory of the conceptual metaphor proposed by Lakoff and Johnson (1980). Concretely, the metaphors related to linguistic taboo and the ideas of mitigation and evasion of death present in the epitaphs of the cemetery Pedro Juan Luciani, also known as “the old cemetery of Maturín”, were studied. Firstly, a general account of the funeral inscriptions present in the aforementioned cemetery was made (voice of the epigram, purposes of the inscription and surrounding symbology) After that, a categorization of the conceptual metaphors (of the structural type) present in the inscriptions was realized. As a result, five metaphorical structures were found; evidencing that four them stem from the Christian religious discourse and, specifically, they are closely linked to the promise of resurrection. The fifth conceptual structure found, which is the most common nowadays, is not related to religion but to the new mentality about death, a tendency that denies it, in order to focus on life memories of the survivors. It can be concluded that the epigraphical metaphors not only limit themselves to alleviate the tragic meaning of death but, at the same time, have had an effect in the longing for immortality of human beings across time.

Keywords: Death, Conceptual Metaphor, Linguistic Taboo, Epitaphs, Longing for Immortality.



Fotos Celso Medina

Introducción

Nuestra sociedad vive privada de la conciencia de su propia mortalidad, vemos en la muerte a la gran enemiga que se encargará de acabar con todo aquello que a lo largo de la vida hemos logrado conquistar. Concepción que difiere con la visión que tienen algunas otras culturas para las cuales la muerte no significa el cese de la existencia sino el principio de una nueva vida, puesto que apuestan por el

fenómeno de la transmigración. De ahí que la muerte sea considerada necesaria. Contrariamente, en el caso de las culturas occidentales, la situación es tan opuesta que nos empeñamos en negarla o al menos mitigarla.

Precisamente esta investigación giró en torno a la manera cómo el ser humano atenúa empleando el lenguaje el hecho fatídico de la muerte. Esta explicación se ofrece desde la perspectiva de la lingüística cognitiva, específicamente a través de la teoría de la metáfora conceptual propuesta por Lakoff y Johnson (1980). Teoría que explica que el uso de metáforas no es solo cuestión de lenguaje sino que implica una manera de entender y razonar sobre la vida que se corresponde con ciertos patrones culturales.

Dentro de los discursos que giran en torno a la muerte hay gran variedad, y existe un tipo específico donde esta se mueve libremente: el epitafio, género discursivo que exhibe la actitud que a lo largo de los tiempos se ha tenido de dicho fenómeno: como medio, en un principio, para asegurar la pervivencia en “el más allá” y posteriormente como una manera de paliar el significado trágico de la misma y así hallar consuelo. En concreto con este trabajo se buscó estudiar el tabú lingüístico alrededor de la muerte a través de las metáforas empleadas en los epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani, “el cementerio viejo de Maturín”.

En primer lugar se procedió a describir las características generales de los epitafios de este camposanto (voz del epigrama, propósitos de la inscripción y simbología que le rodea) y posteriormente, siguiendo el modelo de la teoría de la metáfora conceptual de Lakoff y Johnson (1980), se realizó una categorización de estas inscripciones epigráficas. Por último las metáforas se interpretaron tomando en consideración la interconexión entre los dominios o términos que las conforman y el contexto sociocultural en el cual germinan.

Teoría de la metáfora conceptual

Todos buscan nuevos lenguajes; están cansados de las mismas viejas lenguas; el espíritu se niega a acompañarles sobre esas suelas demasiado gastadas.

Friedrich Nietzsche

La teoría de la metáfora conceptual se inició con la obra *Metáforas de la Vida Cotidiana*, de George Lakoff y Mark Johnson, durante la década de los ochenta del siglo XX. Dicha teoría evidencia que el lenguaje refleja asociaciones estables en la representación de ciertos conceptos o dominios de conocimiento y que estas asociaciones influyen en nuestra manera de pensar y percibir el mundo. De modo que con esta teoría la metáfora dejó de ser un elemento cuyo único fin era embellecer el lenguaje para convertirse en una de las estrategias cognitivas más recurrentes de las que se sirve el ser humano para entender y razonar sobre

el mundo que le rodea. Entendimiento y razonamiento que es siempre relativo a su marco conceptual.

Anteriores a esta teoría siempre se observó dos posturas alrededor de la metáfora, una primera en la que es contemplada como una desviación con respecto a la normativa lingüística y donde se estudia aislada de las circunstancias contextuales en que se produce, y un segundo estilo, en el que se rompe la distinción entre lenguaje literal y lenguaje figurado, y se enfoca como un producto de la actividad cognitiva del individuo. Esta segunda tendencia favorece la visión pragmática del lenguaje por cuanto hace del individuo y específicamente de su uso lingüístico los grandes protagonistas pero también deja claro que la pragmática, por sí sola, no basta para explicar el fenómeno de la metáfora. Innegablemente a través de ella se puede explicar su función, su razón de ser, pero no podría explicar en qué consiste. Por lo que pareciera que la pragmática debe apoyarse en la lingüística cognitiva a la hora de dar cuenta de la metáfora. De manera que podría decirse que con la lingüística cognitiva la metáfora, dentro del campo de la lingüística, encontró el lugar y prestigio que la filosofía siempre le negó.

La Metáfora Conceptual y sus Tipos

El criterio relacionado a la función que desempeña la metáfora es uno de los más conocidos, debido a que fue propuesto en la obra pionera sobre metáforas de Lakoff y Johnson (1980). De acuerdo a este criterio existen tres tipos de metáforas: estructurales, ontológicas y orientacionales.

Las metáforas estructurales se definen como la conceptualización de una actividad o una experiencia abstracta (dominio meta) en término de otra más concreta (dominio fuente), constituyendo las metáforas prototípicas sobre las que la teoría de la metáfora cognitiva se basa principalmente. Por ejemplo, en la expresión MORIR ES PARTIR, morir constituye el término meta (dominio conceptual) mientras que partir representa el término fuente (dominio experiencial). Un concepto abstracto y complejo, la muerte, es percibido a través de un concepto más sencillo y vivencial, partir.

Con relación a las **metáforas ontológicas** estas se definen como aquellas por la que se categoriza un fenómeno como una entidad, una sustancia, un contenedor o una persona. Es decir que las metáforas ontológicas expresan nuestras experiencias en términos de objetos o de personas. En cuanto a las metáforas orientacionales, estas pasan casi siempre desapercibidas dada su omnipresencia en nuestra cognición. Este tipo de metáforas suelen basarse en nuestra orientación espacial. Los principales dominios origen son: ARRIBA/ABAJO, DENTRO/FUERA, DELANTE/DETRÁS PROFUNDO/SUPERFICIAL y CENTRAL/PERIFÉRICO. En nuestra cultura consideramos que lo bueno es arriba, mientras que lo malo es abajo, como lo muestran

expresiones del tipo: estatus alto frente a estatus bajo; alta calidad, baja calidad. Puesto que los principios que caracterizan lo bueno, como la felicidad, la salud y la vida se consideran como arriba (estar en las nubes, estar en la cúspide). Caer muerto (que representa el polo opuesto) es abajo, el cielo es arriba, el infierno es abajo.

Para efectos de este artículo se ofrecen únicamente los resultados de la categorización de las metáforas conceptuales, de tipo estructural, presentes en los epitafios del Cementerio Pedro Juan Luciani “el cementerio viejo de Maturín”.

El epitafio como medio de pervivencia después de la muerte

Si yerro en mi creencia de que las almas de los hombres son inmortales, yerro alegremente y no deseo verme libre de tan delicioso error.

Marco Tulio Cicerón

El epitafio se refiere a la inscripción que se coloca sobre la tumba de los difuntos. Palabra que proviene del griego epitaphius formada de epi que significa sobre y thaos, tumba. Santiago Fernández (2011) manifiesta que el epitafio no solo tiene la función de publicitar el fallecimiento de una persona sino que también es memoria de su vida y que en síntesis busca mantener la memoria del muerto entre los vivos. De ahí que su función siempre ha estado destinada a transmitir a las generaciones siguientes el recuerdo del difunto. Además de esta función esencial, sostiene este mismo autor, se le puede añadir otra, como lo es una función propagandística a favor de la fe cristiana, al incidir en las ideas de salvación y piedad, enfatizando el pensamiento de que el difunto era un hombre que había seguido una vida cristiana y que por ello había alcanzado la salvación eterna.

Por otro lado Ferrer (2003) refiere que los primeros signos lapidarios consistieron en unas marcas cuneiformes con las cuales se pretendía identificar de manera

inequívoca al comerciante fenicio o sumerio que yacía bajo tierra. El signo de identidad del difunto debía coincidir con los objetos y animales asociados a su oficio. De manera que el nombre desde épocas remotas representó la huella imperecedera que prolongaba o conservaba la memoria del difunto. Sin embargo, según este autor, será la antigua Grecia la cuna del epitafio, ya que solo a partir de ese momento de la historia se puede hablar de cementerios expuestos con un conjunto ordenado de tumbas, unificadas con pequeñas lápidas cuadradas, que los helenos utilizaban para señalar el lugar preciso donde se encontraba la cabeza del cadáver. Allí, refiere Ferrer (Ibíd.), fueron escritos, quizás como una proyección del pensamiento del difunto, poemas fúnebres de una riqueza retórica inigualable y expresiones aleccionadoras. La mayoría de estas inscripciones caracterizadas por utilizar un lenguaje breve y contundente que posteriormente utilizarían los romanos profusamente en sus cementerios.

A pesar de todo este esplendor del epitafio, apunta Ariès (1983), a partir del siglo V, aproximadamente, dejan de hallarse dichas inscripciones lapidarias, lo que hace pensar que a partir de ese período las tumbas se vuelven anónimas. Lo cual podría traducirse como indiferencia hacia la tumba o lugar preciso de enterramiento. Esta característica va a ser la predominante hasta principios del siglo XII. En el fondo lo que pareció privar, como sostiene Delumeau (1989), fue la ausencia de la necesidad de dar publicidad a su propia sepultura y a la de los suyos, al no ser considerada obligatoria ni para la inmortalidad del difunto ni para la paz de los supervivientes. Claro, hubo excepciones, señala Delumeau, como la de los santos y los grandes hombres venerables a quienes se continuaron reverenciando desde sus tumbas.

No será sino hasta el siglo XII cuando se le vuelve a dar importancia a la tumba, lo cual pareció estar muy ligado a la valoración positiva del cadáver que nuevamente se impone. Este regreso del epitafio, lo describe (Ferrer Ibíd.), (como un movimiento largo, que en ciertos aspectos pudo parecer una vuelta al paganismo griego y romano, y que a



la larga culminó en el culto de los muertos y de las tumbas del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX. Este cambio se gestó, según Ariès (Ibíd.), debido a que entre los siglos XI y XII se empezó a gestar y consolidar la creencia de que la fama en la tierra (vida terrenal) guardaba relación con la posibilidad de “vida eterna” y gloria en “el más allá” y precisamente la tumba, y todo lo que ella implicaba, tenía la función de salvaguardar dicha fama y dar testimonio de ella. Por lo que podría decirse que el retorno del epitafio, y la veneración a la tumba, se afianzaron en la creencia de que la mayor felicidad consistía en ser celebrado y honrado en “este mundo” y luego en “el otro”.

Los epitafios más antiguos, de este retorno, (los comunes, no los de santos o papas), se redujeron, describe Ferrer (Ibíd.), a una breve declaración de identidad y en ocasiones a una palabra de elogio y al nombre se añadió, pronto, la fecha de la muerte. A partir del siglo XIV, explica Ferrer, se introduce una plegaria a Dios por la salvación del alma del difunto. Esta plegaria aparece, al principio, como una invocación anónima de la Iglesia, redactada con constancia sobre la piedra y el cobre, en el suelo y en las paredes, y destinada a ser dicha por alguien. Se establece, de este modo, una comunicación bilateral: hacia el muerto por el reposo de su alma y desde el muerto para la edificación de los vivos. La inscripción se convirtió, desde entonces, en una lección y una llamada. Se nota el contraste con los primeros epitafios romanos, los cuales no se dirigían a Dios, preocupados por la vida en “el mundo celestial”, su característica principal fue, como explícitamente explica Santiago Fernández (Ibíd.), sintetizar, a través de ellos, sus vidas, llenas de complejidades y problemas.

En estos nuevos epitafios, refiere Ferrer (Ibíd.), el muerto no se dirige únicamente al vivo para convertirle a la religión, sino más bien para obtener de él una plegaria de intercesión, gracias a la cual cuenta con escapar a la condenación o a los suplicios del purgatorio. Además de la plegaria el lector del epitafio, al leer la biografía del difunto, si se interesa en ella, puede retenerla y contarla a su vez, dando inicio al circuito de la fama del fallecido. A finales del siglo XIV y principios del siglo XV, aparece otro carácter original en la epigrafía funeraria: a la fecha de la muerte, que es de uso antiguo, se añade la fecha de nacimiento. A partir del siglo XVI esta práctica se generalizó.

Ya para el siglo XVII, apunta Ariès (Ibíd.), el epitafio ya no será solo una necesidad del difunto sino también de sus parientes. Garantizar la inmortalidad terrenal viviendo en el recuerdo de la familia comienza a ser esencial. El epitafio, entonces, comienza a dividirse en dos partes, situadas, a veces, en dos lugares distintos de la tumba, una consagrada al elogio, al relato, a la noticia biográfica del difunto y la otra al superviviente que ha inspirado el epitafio y ha erigido el monumento. Terminan así los epitafios convirtiéndose en el lugar privilegiado del recuerdo y de la

nostalgia.

Metáforas sobre el mármol: epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani, “el Cementerio Viejo” de Maturín

Dejarás lo que más has amado.

Dante Alighieri

En “el Cementerio Viejo de Maturín” no hay Muertos

El cementerio Pedro Juan Luciani es conocido en Maturín como el “Cementerio Viejo”, una edificación que data del siglo XIX. Lleva el nombre de “Pedro Juan Luciani,” en honor a un sacerdote católico que se encargó de fundar nuevas iglesias en Maturín y que fue enterrado en la Iglesia “San Simón,” como era costumbre entre miembros del clero y luego sus restos fueron trasladados a este mismo cementerio en 1963. El “cementerio viejo de Maturín” fue declarado en el año 2003 patrimonio histórico de la ciudad.

Caminar por este cementerio no deja de sorprender. Se pueden encontrar tumbas de personajes célebres de nuestra región: Benito Quiroz, la maestra Paula Bastardo, Soledad Clavier, Miguel Tata Solis, Gilberto Roque Morales, la familia Nuñez Tovar, el maestro Agapito Cifuentes, Floriana (cantante de los Melódicos), e incluso sepulturas de personajes esotéricos como la del Negro Macario. También se encuentran algunas obras de arte, construidas en mármol, la más reconocida es la de la niña Helena Camino Izava, quien murió en 1948 y su tío, presidente para aquel entonces del estado Monagas, (cargo con que tradicionalmente se designaba al gobernador) ordenó levantar una estatua para preservar su memoria. Asimismo hay nichos muy antiguos como el de Nicolás Sanabria con fecha de 1876, y el de J. M. García, que data 1885.

Ahora bien, un elemento interesante de las tumbas de este camposanto son los epitafios que exhiben. Estas piedras han guardado, por aproximadamente siglo y medio, la esperanza de cientos de personas por la promesa cristiana de la vuelta a la vida y es que en “el cementerio viejo” no parece haber muertos. Solo basta con leer las inscripciones de las lápidas para fijarse que reflejan y refuerzan el anhelo de inmortalidad del hombre de todos los tiempos. Representando un cálido sentimiento de fe y, sobre todo, testimoniando la certeza de una vida futura a través de la resurrección.

Los epitafios presentes en este cementerio son sumamente sencillos; en primer lugar muestran el nombre del difunto, después su fecha de nacimiento y a esta le sigue la fecha de muerte, que siempre ha sido uno de los datos más resguardados dentro de la epigrafía funeraria cristiana, puesto que esta se marca como la fecha de inicio o paso a “la nueva vida”, razón por la cual en algunos casos la fecha

de nacimiento puede estar omitida, mas no sucede nunca con la fecha de muerte. Ambas fechas, la de nacimiento y muerte, se representan a través de símbolos. La fecha de muerte con la cruz y la fecha de nacimiento con la estrella.

La estrella que marca el momento del nacimiento es la de cinco puntas. Enfatiza Cirlot (1995) que en el sistema jeroglífico egipcio este símbolo significa “principio,” lo cual podría explicar su adopción como representación del inicio de la vida física. Con relación a la marca de la fecha de muerte (la cruz) la iglesia cristiana eligió la *immissa* o *capitata*, parecida al cuerpo humano con los brazos abiertos y los leños de la crucifixión, caracterizada porque en ella sobresale la línea vertical. La cruz representa una protección sagrada invaluable, según se cree, aleja el peligro demoníaco. Para Cirlot, la cruz simboliza la inversión del árbol de la vida, también refiere que representa el puente o la escalera por la que las almas suben al cielo. Un dato interesante que destaca este autor es que la cruz tiene una simbología de conjunción de contrarios (vida y muerte) lo cual puede entenderse en el sentido de que el día de muerte representa el día de paso a la “vida celestial”.

En cuanto al texto que exhiben estos epitafios, se observa gran diferencia con relación a los epitafios tradicionales en los cuales se exponía “un muerto vivo” con voz propia. En cambio, en la mayoría de estos epitafios, no es la voz del difunto la que irrumpen sino la voz del superviviente o supervivientes que erigieron la tumba. Aunque también es cierto que en este cementerio se pueden ubicar algunos epitafios que pretenden hacer “hablar” al muerto, cierto que son muy pocas las inscripciones de este tipo:

Darle de comer al hambriento, ayudar al necesitado es la acción más hermosa que ustedes pueden hacer y lo que realmente tiene valor ante la presencia de Dios. Eso es lo que realmente me llevó.

No he muerto, solo me adelanté en el camino.

Asimismo se pueden ubicar algunos epitafios en los que el difunto se dirige a los vivos, pero de una manera indirecta, son inscripciones de finales de 1800:

Nada es ya, pero éste nada hizo todo lo bueno que pudo y a lo bueno siempre se inclinó. Su esposa e hijos erigen este monumento y como testimonio de respeto a su memoria han grabado aquí el epitafio que dictaron sus labios ya moribundos.

No obstante, por lo general, la voz que destaca en prácticamente todos los epitafios es la de los parientes que sobrevivieron al fallecido (viudas, hijos, hermanos, nietos) los responsables “legales” de este. La costumbre de plasmar en la lápida del difunto el dolor del superviviente fue una práctica que se inició a partir del siglo XVIII cuando comenzó a aflorar lo que Ariès (1983) denomina “el sen-

timiento de familia,” y que representó una nueva actitud ante la muerte: el momento cuando el hombre se hace consciente de la muerte ajena, la muerte del “otro.”

Recordemos que en la antigüedad la muerte representó un hecho colectivo, el hombre se enfrentó a ella, precisamente como eso: un colectivo solidario, una sociedad que sentía y padecía la muerte de uno más de su especie. No es sino hasta bien entrada la Edad Media, con la aparición de las grandes epidemias y los conflictos sociales y económicos de la época, cuando el hombre se fija en su propia muerte, al sentirse indefenso ante una realidad ineludible se aferra más que nunca a la vida y ese amor desmedido le hace agarrarse a la única esperanza que le queda: la fe en un Dios que le ayudará y protegerá e incluso le dotará de una vida extraterrenal recompensándole de todos sus sufrimientos.

La muerte pasó a constituirse, pues, en una especie de recompensa. La iglesia cristiana se alzó como el único consuelo del hombre y este ante la carestía de esperanza se dobló a ella. Sin embargo, su devoción religiosa no impidió que producto de ese mismo amor a la vida, el hombre, posteriormente, comenzara a sentir nostalgia por aquellos otros que se extinguían y ante la necesidad de expresar su sentimiento de dolor por el otro, ve en el epitafio el lugar ideal para desbordar ese sentimentalismo. El epitafio vino a ser, desde entonces, el lugar privilegiado del recuerdo y de la nostalgia, el sitio donde puede grabarse todo aquello que, quizás en vida, el sobreviviente no pudo decir al difunto.

Esa es la razón, posiblemente, por la cual en los epitafios del “cementerio viejo,” los muertos no hablan como lo hacían los difuntos de épocas milenarias, empeñados en llamar la atención de los caminantes, bien para mostrarles sus biografías y de alguna manera quedar inmortalizados o para solicitar de ellos una plegaria por la salvación de sus almas. En cambio en las inscripciones fúnebres del cementerio Juan Domingo Luciani el muerto es el principal interlocutor a quien se le dirige el mensaje. Desde luego que además del difunto, el mensaje también va dirigido a todo aquel que se acerque a la tumba y lea la inscripción.

De manera que el epitafio funciona como un texto multifuncional: publicita y deja memoria del difunto, permite al superviviente expresar su pesar y también sirve para alimentar las vanidades de los deudos del fallecido; llegando algunos supervivientes, incluso, a grabar sus nombres en los epitafios de estos, para dejar por sentado su filiación con el difunto. Con sus manifestaciones dejan constancia a todo aquel que observe y lea la inscripción que el fallecimiento fue profundamente sentido y el malestar fue expresado allí, en uno de los pocos lugares, en los que hoy en día, nuestra sociedad permite expresar el duelo.

¿Cómo los supervivientes expresan su dolor en los epitafios? ¿Qué le dicen los supervivientes al muerto? La

mayoría de los epitafios son expresiones de despedida, una manera de comunicar al difunto el pesar por su partida física:

Las almas que se adoran, el lazo roto de su amor no lloran porque el beso ideal de la constancia se lo dan a través de los abismos de la tumba, del tiempo y de la distancia.

Paralelamente en estos epitafios también se expresa la convicción del superviviente de que volverán a reunirse en “la otra vida,” aquella que promete el cristianismo gracias a la resurrección:

Pequeño mío, en el glorioso día de la resurrección, cuando Jesús venga, estarás nuevamente entre mis brazos.

Viene la hora en que todos los que estén dormidos en las tumbas volverán a vivir. Juan 5 28/ 29.

Otro tipo de epitafios bastante usual en “el cementerio viejo” son aquellos en el que los supervivientes dejan constancia de su agradecimiento al difunto, en estos además de la gratitud se ofrecen elogios a la memoria del fallecido:

Fuiste el mejor esposo, padre y abuelo. Qué orgullo haberte tenido. Gracias por todo el amor que nos diste. Siempre estarás con nosotros. Te amamos tu esposa, hijos y nietos.

Gracias por tu bondad y por el ejemplo de vida que nos dejaste. Nuestro amor te llevará más allá de la eternidad.

Esta variedad de epitafio deja constancia del tipo de representación social que se exhibe en estas inscripciones. Representación que responde a los patrones culturales aún vigentes en nuestra sociedad. Epitafios donde los hombres son mostrados como esposos ejemplares y padres amorosos y proveedores, mientras que la figura femenina es exaltada a través de estereotipos de madres tiernas y esposas virtuosas:

Como hijo fuiste bueno. Como esposo incomparable. Como padre lo mejor. Como amigo muy sincero. Por todas tus cualidades vivirás en la memoria de tu esposa, hijos, nietos y amigos.

Resplandeciente tu blancura, ojos color azul cielo. Si Dios hizo los luceros ante la sabia natura, mujer te hizo a ti sincera, agraciada y virtuosa, recta y excelente esposa.

El primer amor nunca se olvida se recuerda con veneración” Querida madre esta frase traduce el sentimiento de nostalgia que alberga nuestra alma ante tu partida. Sin embargo estamos seguros de que Dios Todopoderoso te albergará en su seno porque tú fuiste sencillamente una Santa. Algún día nos volveremos a ver. Te quisimos y te queremos.

Así como la estampa de los hijos tampoco escapa a esta representación familiar. En el “cementerio viejo” existe un lugar reservado a las tumbas infantiles, los epitafios en estas lápidas son muy conmovedores y expresan la desdicha y consternación ante la muerte de alguien que debió vivir. Los niños fallecidos son mostrados como ángeles que suben al cielo y se tornan en luz que alumbraba en el firmamento o como flores tronchadas por la daga de la muerte:

Bebé, fuiste luz que nació para el cielo y siempre alumbrarás en nuestras vidas.

Bebé, fuiste como flor arrancada a la vida.

La flor es un símbolo que representa la fugacidad de las cosas, de la primavera y de la belleza. Cirlot (Ibíd.), refiere que los griegos y los romanos en todas sus fiestas se coronaban de flores y también cubrían con ellas a los muertos que llevaban a la pira funeraria y las esparcían sobre los sepulcros, no tanto como ofrenda sino como analogía. Con la flor se expresa la idea de fragilidad y brevedad de la vida. En contraste, refiere el autor, la simbología de la luz representa una partícula humana indestructible, por lo que se identifica tradicionalmente con el espíritu.

Los soles se ocultan y pueden aparecer de nuevo, pero cuando nuestra efímera luz se esconde, la noche es para siempre y el sueño es eterno.

En este cementerio también hay algunos epitafios que no se dirigen al difunto, sino al caminante que ocasionalmente pueda pasar frente a la tumba, o bien epitafios dirigidos a Dios, en forma de plegaria, a la usanza de los acostumbrados en épocas remotas, con la variante de que no es el difunto quien solicita la plegaria, sino el superviviente quien la pide por el alma del difunto:

Caminante no hagas ruido, baja el tono de tu voz, que mi dulce niña está dormida en los brazos del Señor.

Jesús: derramad en nuestros corazones el bálsamo de vuestra misericordia. Concédete al alma de Fredo el descanso y la paz eterna.

Ahora bien, no todo es solemnidad en el “cementerio viejo,” algunos epitafios pretenden ir a la par de ciertas innovaciones o modas en el lenguaje escrito, como aquella

que se impuso, hace pocos años, en la cual una manera de llamar la atención consistió en sustituir signos ortográficos por signos fonéticos:

C reventó el palo mayor. C ha ido el ser más grande y maravilloso que hemos conocido. Un buen hijo, padre y amigo Rdo. de sus hijos, nietos y bisnietos.

Más ocurrentes aún son algunos epitafios con ciertas características de los difuntos que lo menos que provocan es una sonrisa en quienes los leen.

*“El Rey del truco”.
Hasta la próxima partida.*

En síntesis, en el cementerio Pedro Juan Luciani, podemos encontrar epitafios con diversos estilos, desde los más simples hasta los más elaborados, lo innegable es que todos están impregnados de metáforas que exhiben el anhelo por la inmortalidad. En todos ellos parece predominar el deseo de derrotar a la muerte; de mostrar que esta es solo el inicio hacia otro “despertar”.

Metáforas de la Inmortalidad

De los epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani, el cementerio “viejo de Maturín”, emerge una diversidad de metáforas, todas ellas expresan emociones a través de las cuales los supervivientes pretenden atenuar un hecho tan contundente como lo es la muerte. La teoría de las metáforas conceptuales propuesta por Lakoff y Johnson (op. cit.) permite explicar el mecanismo mediante el cual los seres humanos entendemos ciertos conceptos en función de otros, como una manera de percibir la realidad desde distintas aristas. La categorización de metáforas conceptuales que seguidamente se ofrece se centra en las de tipo estructural por ser, como ya se refirió anteriormente, las prototípicas de teoría de la metáfora conceptual.

Metáforas Estructurales

En los epitafios “del cementerio viejo de Maturín” se encontraron cinco estructuras metafóricas de tipo estructural:

- MORIR ES DESCANSAR
- MORIR ES SER LLAMADO POR DIOS
- MORIR ES PARTIR
- MORIR ES TRANSITAR UNA ETAPA
- MORIR ES VIVIR EN EL RECUERDO

La primera de las metáforas **MORIR ES DESCANSAR** es de uso bastante frecuente y se basa en la premisa de que los muertos “duermen” en los cementerios. Morir (termino meta) se entiende a partir de dormir (término fuente), entendiéndose la muerte como representación de descanso, reposo, tranquilidad, quietud, calma. Esta metáfora es de tipo religiosa, surgida en épocas remotas cuando se pen-

saba que el morir encarnaba caer en una especie de “sueño perenne” que el hombre, a través de diferentes ritos, debía encargarse de mantener para evitar que el despertar de los espíritus perturbase a los vivos. No será sino hasta la llegada del cristianismo cuando se transmuta esta arcaica creencia en la esperanza de la resurrección. El reposo es la imagen más antigua, la más popular y la más constante del “más allá”. No ha desaparecido aún hoy, a pesar de la competencia con otros tipos de representación.

La metáfora estructural MORIR ES DESCANSAR da origen a múltiples correspondencias que se evidencian en epitafios como los siguientes:

- o *Madre mía aquí reposas. Rezo, Incondicionalmente, todos los días a Dios todopoderoso por tu descanso eterno.*
- o *Aquí descansa el cuerpo de nuestro bebé, su alma está en el cielo y sus restos en nuestros corazones. Nunca te olvidaremos.*
- o *Durmiose en el señor dejando un alto ejemplo de fe y de bondad.*
- o *Todo se puede en Cristo. El que vive en mí vivirá para siempre.*
- o *Viene la hora en que todos los que estén dormidos en las tumbas volverán a vivir. Juan 5 28 29.*
- o *Jehová es mi pastor nada me faltará.*

En esta categorización no se tomó en cuenta la inscripción DEP o QDEP (descanse en paz), equivalente latino de RIP (*Requiescat in pace*) porque su extendidísimo uso hace perder conciencia de que su origen está en la asociación de la muerte a un descanso. También se pueden percibir que son varios los epitafios donde esta metáfora es figurada a través de inscripciones bíblicas en las cuales se hace alusión a los difuntos en un estado de sueño “*Viene la hora en que todos los que estén dormidos en las tumbas volverán a vivir.*” Otras referencias bíblicas como *Jehová es mi pastor, nada me faltará*, se refiere a la protección y cuidado que Dios brindará a aquellos que mueran bajo su doctrina, no en balde es una de las plegarias más empleadas en las ceremonias fúnebres. Su relación con la metáfora MORIR ES DESCANSAR salta a la vista si completamos el salmo... “*en lugares de delicados pastos me hará descansar.*”

La metáfora **MORIR ES DESCANSAR** a pesar de que se mantiene vigente ha perdido la fuerza que tuvo en un principio, razón por la cual su uso ha disminuido en comparación con otros tipos de figuración. Tal cambio podría ser motivo del sincretismo religioso que se ha tejido en torno al hecho de la muerte: el cristianismo al concebirla como un reposo logró fundir las creencias ancestrales de que los muertos dormían con el reconocimiento cristiano de que el sueño era un estado en espera de la resurrección. Posteriormente al producirse la ruptura dentro de la iglesia cristiana entre católicos y luteranos (y estos últi-

mos al fragmentarse en multidisciplinarias doctrinas) la representación de la muerte como un descanso comenzó a mermar.

La iglesia católica preservó la representación, sin embargo dentro de la diversidad de doctrinas protestantes o evangélicas la situación es diferente, algunas congregaciones siguen considerando el sueño como representación de la muerte, mientras que otras tantas la rechazan. La cuestión es bastante polémica y cada hermandad defiende su tesis con fuertes dosis de apasionamiento y todas dicen fundamentarse en las escrituras bíblicas. No obstante, puesto que el contenido de la Biblia en una gran metáfora en sí, y las metáforas responden a las distintas maneras en que cada quien concibe la realidad según su percepción, no como acto individual, sino como parte de un conglomerado cultural, sería estéril tomar partido por una u otra postura.

Vista desde esta perspectiva cualquiera pudiese pensar que la figuración de la muerte como “un descanso”, al ser rudimento de la iglesia católica (y de parte de la iglesia evangélica) debería ser el tipo de representación predominante, inusitadamente no sucede así, pues el catolicismo, en nuestra sociedad, pareciera funcionar como una herencia cultural más que como una convicción de fe. Además debemos tener claro que la religión ha perdido el control que en un principio tuvo sobre el lenguaje epigráfico. Por último queda decir que la metáfora MORIR ES DESCANSAR se ha lexicalizado de tal manera que parece ser meramente un estereotipo dentro del discurso fúnebre.

La siguiente metáfora, **MORIR ES SER LLAMADO POR DIOS**, también es de origen religioso y posiblemente la única acuñada dentro del cristianismo. El término meta, muerte, es figurado a través de la expresión, ser llamado por Dios, término fuente. La muerte es representada como un traslado, un encuentro con Dios. Con ella se expresa que la muerte no es un hecho fortuito, sino “una decisión divina”. Resulta poco probable que esta metáfora estuviese presente dentro de las creencias paganas, pues en la antigüedad la muerte fue considerada como una fatalidad, producto de fuerzas ocultas y malignas y no como “un llamado divino”. Sin lugar a dudas constituye una metáfora propia del discurso cristiano en su pretensión de desmitificar el acto de la muerte y transformarlo en coyuntura de redención en “otra vida”.

El empleo de esta metáfora produce un gran efecto de paliación, pues si Dios como “Ser Supremo” se tomó la molestia de hacer el llamado, como “padre celestial”, cuidará del difunto, le protegerá y seguramente también le recompensará de cualquier pesar durante su vida terrenal. La metáfora no es de uso muy frecuente, transmite una aceptación total hacia la muerte y tiene un efecto atenuante en extremo, la persona no falleció fue a encontrarse con Dios... la metáfora no da pie a lamentaciones, ¿quién puede

recriminar a Dios?

Algunos ejemplos de algunas de estas metáforas son:
o El tiempo ha pasado lentamente desde el día en el que el Divino Dios te llamó a su lado. El sentimiento que despertaste en mí por tus grandes virtudes humanas es lo que me conforma. Que el Todopoderoso dé a tu alma el descanso que bien merece.

O Señor no te preguntamos por qué te la llevaste. Gracias te damos por el tiempo en el cual tuvimos la dicha de tenerla.

O Viejita linda Dios te llamó a su lado y te tuviste que ir pero sabemos que siempre estarás aquí.

o Triste quedó nuestro hogar sin sus presencias, pero sus recuerdos nos alentarán para sobrellevar los desig-nios de Dios.

La tercera de las metáforas conceptuales **MORIR ES PARTIR** también se relaciona con el discurso religioso aunque con un pasado pagano. El término meta (morir) se mitiga al conceptualizarlo por medio del término fuente (partir) de manera que se da a entender que la persona no ha muerto... solo se ha ido. Entre morir y partir existe una gran diferencia, pues la muerte tiene un carácter concluyente, no sucede igual con el término partir, que implica una posibilidad de llegada... y también de regreso. Además si se considera que el difunto fue capaz de emprender un desplazamiento, entonces no está muerto, pues el morir encierra inmovilidad, fijeza.

Esta metáfora estuvo presente en las antiguas culturas griegas y romanas, puesto que muchos de sus epitafios contenían explícitas referencias a verbos de movimiento. Ejemplos de epitafios como “ir ad patres” (ir con los padres) o “supremum vale” (adiós para siempre) son muestras de ello, aunque con este último epígrafe no se hace referencia a un desplazamiento, la inscripción implica una partida, pues la gente solo se despide cuando se marcha.

El epitafio “No murió, se fue”, es un indicio del origen pagano de la metáfora **MORIR ES PARTIR**, puesto que fue una de las inscripciones más usadas por los griegos en sus tumbas; epitafio que después los romanos emplearon copiosamente en sus cementerios. Una vez que el cristianismo toma el control sobre el tema de la muerte, y por supuesto del lenguaje epigráfico, no descarta esta fórmula, simplemente la adapta a su religión...en adelante los que parten se reunirán con Dios en “el reino celestial”.

En ese sentido la metáfora **MORIR ES VIAJAR** también se incluye dentro de la metáfora **MORIR ES PARTIR** puesto que el alma de aquellos que parten emprende un desplazamiento hacia el cielo. Esta idea de marcharse al reino celestial resulta mitigante, trasmite que el difunto alcanzó

el ideal de todo cristiano...reunirse con Dios. La metáfora **MORIR ES PARTIR** la podemos encontrar en múltiples epitafios del cementerio Pedro Juan Luciani:

O Te fuiste materialmente pero espiritualmente siempre estarás con nosotros.

o Se marcharon a la eternidad pero sus recuerdos vivirán.

O Hijo ese dolor que aflige mi espíritu por tu ida eterna es el mismo de ayer y será el de siempre. Hijo habrás muerto para el mundo pero no para los tuyos.

O Papá para nosotros no has muerto todavía. Solamente ha sido un viaje temporal. En él has conseguido un adiós sin final.

Como puede notarse esta metáfora presenta diversos matices, pero todas hablan de ida, marcha, partida hacia la eternidad, mas ninguna menciona el tema de la muerte. Esta metáfora guarda relación con la metáfora **MORIR ES DESCANSAR** en el sentido de que también se refiere a una esperanza de vida extraterrenal, pero con la metáfora **MORIR ES PARTIR** la esperanza no viene dada en específico por la resurrección sino por la creencia de que al morir el alma emigra hacia “el mundo celestial”. Por lo que se opone en cierto modo a la metáfora **MORIR ES DESCANSAR**, pues según algunas doctrinas cristianas, y en especial el catolicismo, al morir no nos reunimos con Dios inmediatamente, sino que debemos esperar “el día del juicio final” y con él la promesa de la resurrección.

La oferta de un encuentro con Dios en “el paraíso” (“mundo celestial”) no formó parte de la figuración cristiana tradicional pero ha logrado superar la representación de la muerte como un descanso, quizás por el hecho, como ya se explicó en los párrafos precedentes, de que la metáfora **MORIR ES DESCANSAR**, se encuentra lexicalizada. Incluso, aunque pueda parecer osado, podría decirse que esta metáfora reúne la creencia de prácticamente todas las religiones de que solo muere el cuerpo físico y que nuestra alma (no todas las religiones creen en ella) o consciencia parte hacia otro estado de vida: hinduismo, budismo, islamismo, totemismo, judaísmo. . . solo que el cristianismo la acopló a su dogma.

La metáfora **MORIR ES TRANSITAR UNA ETAPA**, es de uso poco frecuente pero se pudo ubicar en algunos epitafios. Morir es conceptualizado como andar, caminar un trayecto. Por medio de esta metáfora se da a entender que la vida es un transcurso; culturalmente la vida ha sido representada como “un camino”. El cristianismo hace la mitigación eufemística al incorporar la idea de que la siguiente etapa (parada del camino) conduce hacia el encuentro con Dios. Por lo que esta metáfora también

se fundamenta en el discurso religioso cristiano y guarda relación con las metáforas anteriores. La diferencia entre la metáfora **MORIR ES PARTIR** y la metáfora **MORIR ES TRANSITAR UNA ETAPA** radica en que en la primera es vista como una interrupción de la vida, mientras que en la segunda no hay tal interrupción...la vida tenía un destino... y el caminante lo culminó:

o La muerte no es el final del camino, es solo el final de una etapa.

o Concluimos nuestro tránsito terrestre y nos pusimos en manos del señor.

o Al que tú crees que ha muerto no ha hecho más que adelantarse en el camino.

La última de las metáforas **MORIR ES VIVIR EN EL RECUERDO**, es la metáfora más abundante dentro del conjunto de inscripciones fúnebres presentes en “el cementerio viejo”. Toma el término fuente, vivir en el recuerdo, y lo contrapone al término meta, morir; el resultado es la antítesis vivir/morir. Pareciera que para los sobrevivientes del fallecido si se vive en la memoria no se ha muerto. Esta idea es responsable de frases muy comunes como la algo difundida “solo mueren los que se olvidan”. La fuerza mitigadora de la interdicción lingüística viene dada porque el sobreviviente se niega a aceptar la muerte del ser querido y le da paso a otro tipo de vida, la que él puede proporcionarle en sus recuerdos...

Epitafios inspirados en esta metáfora encontramos en cada rincón “del cementerio viejo de Maturín”:

O En un rincón del alma donde tengo la pena que me dejó tu adiós y conservo el amor que Dios creó, guardaré tu recuerdo, que el tiempo jamás logrará de mi alma sacar hasta el día en que me vaya yo.

O Gracias Federico por dejarnos esta huella imborrable que te hace vivo dentro de nosotros. Hijo, hermano y esposo, padre y amigo que con luz propia iluminó y contagió de alegrías y grandes emociones a quienes te conocimos. Estarás siempre en nuestro corazón.

O Te recordaremos con mucho aprecio y cariño.

O Papá no tenemos tu presencia física pero estás presente. Nuestro amor y recuerdo crecen cada día, sin embargo hay tristezas y un inmenso vacío. Dios te bendiga siempre.

O Con tierno amor y agradecimiento los mantendré vivos en mi corazón. .

O El corazón es el hogar de los recuerdos de mamá.

O Madre querida tus recuerdos vivirán por siempre.

Nunca te olvidaremos.

O Tu sonrisa y tu ternura vivirán en nuestros corazones por siempre.

O Aunque muerta siempre vives en el corazón de tus hijos.

Esta metáfora difiere de las cuatro anteriores en el sentido de que no se deriva del discurso religioso, sino que surge de la sensibilidad del ser humano, siguiendo la terminología de Ariès (op.cit.) “del sentimiento de familia”, emoción relativamente nueva para el hombre, pues no será sino hasta aproximadamente el siglo XVIII cuando, según este autor, se comienza a sentir un apego desmedido hacia “el otro”...cuando tal sentimiento empieza a ser una constante en la consciencia colectiva y se concentre completamente sobre algunos seres que se vuelven “excepcionales”, “irreemplazables” e “inseparables”. De ahí que no se puede pensar que “el sentimentalismo” fue simplemente una moda estética y burguesa trivial, por el contrario, significó un hecho real de la vida cotidiana, una transformación del hombre en sociedad que encontrará en el epitafio su caldo de cultivo ideal.

Conclusión

El epitafio desde tiempos inmemoriales ha representado la pretensión de inmortalidad del hombre, una manera de dejar huella entre “el mundo de los vivos”. Ahora bien, a la par que ha evolucionado la mentalidad con respecto a la muerte, este particular tipo de discurso también ha cambiado: al principio simplemente marca de enterramiento, después medio para alcanzar la eternidad y actualmente mecanismo lingüístico de evasión y consuelo.

La realidad existe en la cognición de cada individuo, pero no del individuo individual, sino del colectivo. La muerte tiene una fuerte connotación negativa porque nuestra cultura así nos la ha representado y si el colectivo se vale de un lenguaje metafórico sedativo es porque desde otras esferas de poder nos lo han impuesto, pensemos en los períodos en los cuales la muerte se convirtió en un asunto casi exclusivo de la iglesia, cuando la extremaunción, los testamentos y también los epitafios sirvieron como “pasaporte” para “el más allá”.

El poder de la iglesia como aparato ideológico, con

su discurso consuela y fortalece a sus feligreses pero el consuelo es para dar testimonio a favor de la fe cristiana. Desde luego esta característica pasa prácticamente desapercibida como sucede en todos los discursos ideológicos, induciendo a creer que dichas metáforas han sido creación del colectivo. Innegable que hoy en día muchas de estas metáforas de la inmortalidad, que tienen su origen en el discurso religioso, responden a simples reproducciones lexicalizadas del discurso fúnebre, pero en el fondo siguen reproduciendo los corroídos intereses ideológicos.

Las metáforas que no se desprenden del discurso religioso parecen ser las propias de la nueva mentalidad sobre la muerte. Mentalidad que la niega, apostando por una vida en los recuerdos de los sobrevivientes. Vemos, pues, como metafóricamente “los corazones” y “la memoria” se convierten en los contenedores de las evocaciones y el adverbio “siempre” en la palabra que impregna el carácter de eternidad. Para finalizar, hay un aspecto que no puede pasar desapercibido y es que los epitafios más abundantes del “cementerio viejo de Maturín” son aquellos que se limitan simplemente a marcar el lugar de sepultura, estos se acompañan únicamente del nombre del difunto y de sus fechas de nacimiento y muerte, esos son los tipos de epitafios de uso actual, una modalidad que más que evadir la fatalidad de la muerte, parece silenciarla.

Bibliografía

- Ariès F. (1983) *El hombre ante la muerte*. (Traducción de Mauro Armíño). Madrid: Taurus Ediciones. (Trabajo original publicado en 1977).
- Cirlot, J. (1995). *Diccionario de símbolos*. España: Labor.
- Delumeau, J. (1989). *El miedo en occidente*. Madrid: Taurus.
- Ferrer, E. (2003). *El lenguaje de la inmortalidad*. Pompas fúnebres. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Lakoff, G. y M, Johnson. (2009). *Metáforas de la vida cotidiana*. (Traducción de E. Carmen González Marín). Madrid: Cátedra. (Texto original publicado en 1980).
- Santiago Fernández, J. (2011). *Memoria de la vida y publicidad de la muerte en la Hispania tardorromana y visigoda. Las inscripciones funerarias*. [Documento en línea]. Ponencia presenta en las IX jornadas científicas. Madrid. Disponible http://www.ucm.es/data/cont/docs/446-2013-08-22-12_santiago%20fernandez.pdf. [Consulta: 2013, septiembre].